

ENTREVISTA

Armando Chaguaceda: HAY QUE ARTICULAR UNA DEFENSA GLOBAL Y TRANSIDEOLÓGICA DE LA DEMOCRACIA

23 de octubre de 2021

ORGANIZADO POR



CON EL APOYO DE





Armando Chaguaceda

El doctor Armando Chaguaceda es un politólogo e historiador cubano-mexicano, cuya investigación examina los procesos globales de democratización y autocratización, el ascenso del populismo y el papel de potencias globales como Rusia y China en la política latinoamericana. Es un Experto Nacional en Variedades de Democracia, una iniciativa de investigación internacional con sede en el Instituto V-Dem de la Universidad de Gotemburgo, que busca conceptualizar y medir la democracia en todos los países del mundo.

El politólogo y doctor en historia cubano-mexicano, Armando Chaguaceda, quien es experto nacional en Variedades de Democracia (una iniciativa de investigación internacional con sede en el Instituto V-Dem de la Universidad de Gotemburgo), propone la articulación de un frente transideológico de defensa de la democracia, ante la expansión de regímenes iliberales que devienen en autoritarismos. Define el iliberalismo como “una cosmovisión, una forma de entender el orden político y social, que desconoce y reduce la diversidad y ataca las formas que el pluralismo político permite para canalizar esa diversidad social”. De hecho, enfatiza que hablar de democracia iliberal es tendencialmente un oxímoron “en tanto, primero, esa democracia iliberal mata al liberalismo, pero termina después suicidándose al suprimir la voluntad popular como origen del gobierno”.

Para contener la erosión de la democracia, Chaguaceda, cuya investigación examina la democratización y la decadencia democrática, las fuerzas del populismo y el autoritarismo, así como el papel de potencias globales como Rusia y China en la política latinoamericana, también plantea la necesidad de “hacer

control de daños temprano de los procesos de autocratización”. “En el plano geopolítico es necesaria una acción más inteligente y temprana de defensa de la democracia”, sostiene.

En su opinión, el uso inteligente de las sanciones tiene que seguir siendo un mecanismo de presión importante, al igual que el castigo moral en aquellos espacios internacionales de peso. “Hay que dar una batalla en el plano intelectual, geopolítico y de la sociedad. Los gobiernos tienen que apostar a dar soluciones; es decir, no se trata solo de defender los valores abstractos de la democracia, sino que tienen que ocuparse de temas como la igualdad y la equidad social. El periodo de mayor robustez de las democracias ha sido cuando han preservado la libertad de sus ciudadanos y han reducido la desigualdad social”, argumenta.

Si no se revierte la desafección por la democracia, Chaguaceda ve probable un escenario en el que “el avance nacional de los autoritarismos se salde, a escala global, con una nueva guerra”.

-Desde el punto de vista político, y en su opinión, ¿qué es el iliberalismo y qué lo caracteriza?

-Empecemos por hablar del liberalismo que es, en primer lugar, el proyecto político básico de la Modernidad. No es el único porque ha habido, digamos, otros proyectos políticos como el conservadurismo o el socialismo. Pero el liberalismo nace con un fuerte empalme con la Ilustración como época histórica y como proyecto intelectual que busca la expansión de la ciencia, la razón, el progreso y el humanismo, esos rasgos que define Steven Pinker en su libro. El liberalismo es ese proyecto que concibe a la sociedad como compuesta por individuos portadores de derechos inalienables, que concibe a la economía alrededor de la idea de un mercado en el que hay concurrencia de productores, vendedores, comerciantes, etcétera.

El liberalismo está muy relacionado con lo que los marxistas llaman el modo de producción capitalista, aunque no es per se un sinónimo de capitalismo. Se relaciona, desde el punto de vista del andamiaje institucional, con la idea de un Estado de Derecho, de una tripartición de poderes y de un Estado con poderes limitados, lo cual permite una gama de variantes entre un Estado guardia nocturno, carcelero y de correo postal (digamos del liberalismo más primigenio, más puro). Pero también con un Estado que se va expandiendo, un estado social, no solamente de libertades negativas sino de fomentar cierta equidad sin sacrificar las libertades.

De hecho, más bien habría que hablar de liberalismos, en plural, porque tienen configuraciones epocales y contextuales diferentes: no es lo mismo el liberalismo anglosajón que el del continente europeo o el hispanoamericano. Hay tradiciones liberales articuladas con el pensamiento islámico, confuciano o eslavo.

Dicho esto, podemos entender el iliberalismo como una reacción al liberalismo y, en ese sentido, tendría que incluir, en el sentido amplio, todas las reacciones conservadoras a la Revolución Francesa, todas las reacciones conservadoras al propio Estado liberal. Pero también las reacciones revolucionarias del siglo XX a través de la variante comunista, del socialismo y del marxismo. También, en la medida en que el liberalismo se convierte en buena parte en la piedra angular de la doctrina de los Derechos Humanos, que está también en el origen de las propias Naciones Unidas como intento de un orden normativo global, lo iliberal también aparece dentro de todas esas ideologías o formas de gobernanza que rechazan la idea de convivencia plural de sujetos portadores de derechos, que apelan a otro tipo de formas de autoridad.

Ahora, en un sentido más concreto y reciente, el iliberalismo se concibe, según ha conceptualizado Marlene Laruelle, como una concepción de la política, de la economía y de la sociedad que rechaza la idea de multilateralismo y la apuesta a cierto orden internacional a favor de la idea de un Estado-nación. Es, en cierto sentido, profundamente westfaliano. Dentro de esa institucionalidad define un modelo de líder fuerte y de pueblo unificado como sujetos políticos principales. Un líder que se comunica directamente con un pueblo, en una relación jerárquica, pero de mutua alianza, sin instituciones intermediarias. Y, por supuesto, sin reconocer la existencia de oposiciones más o menos estables y respetadas.

En el plano económico, el iliberalismo promueve la idea de proteccionismo: una economía estatizada, con capitalismo nacional, con oligarquías ensambladas con el poder del Estado, patrimonial; pero también acepta, por supuesto, modalidades neoliberales. Es decir, no promueve siempre una idea de estatizar la economía, porque a menudo hay privatizaciones. Pero son privatizaciones para los amigos, para el sector capitalista que John Keane ha llamado los poligarcas, que crecen al amparo del Estado iliberal.

El iliberalismo también privilegia una definición un tanto esencialista de la nación, con una idea de la nación encarnada y representada por el Estado y por el líder del Estado y, en general, más allá de derechas o de izquierdas, desconoce el elemento de la democracia de ciudadanas y ciudadanos. El Estado, el líder, la Nación y el pueblo unificado son los marcos y los sujetos de la política dentro de esa visión proteccionista, estatista y plebiscitaria de la gobernanza.

Ahora bien, la democracia y el liberalismo, si bien son tradiciones diferentes, se empalman dentro de lo que yo he llamado, siguiendo a Aníbal Pérez-Liñán, la república liberal de masas. Poseen genealogías diferentes, tradiciones intelectuales diferentes y configuraciones institucionales diferentes, pero de alguna manera se articulan el siglo pasado en la democracia de masas -con grandes partidos, grandes sindicatos- y un Estado de Derecho que después se convierte en el Estado Social de Derecho.

La república liberal de masas es esa construcción histórica del siglo XX que sobrevivió hasta hoy en las democracias avanzadas. La que permite que haya un Estado Social de Derecho; que haya participación de masas; no es una democracia oligárquica -aunque haya oligarquías económicas y políticas en su seno- y permite que el componente democrático de la voluntad de la mayoría exista, se imponga circunstancialmente en las contiendas políticas, sin eliminar los derechos de las minorías. Porque la democracia es un sistema de ma-

oría y minorías dinámicas; no es democracia iliberal porque las minorías, que pueden ser sociales, étnicas, políticas, partidistas, están respetadas. Porque si la mayoría, que siempre es circunstancial, se convierte en permanente, esa propia mayoría no podrá revalidarse y lo que termina pasando es que una originaria democracia de mayorías se convierte en una autocracia. Con lo cual desaparece primero el componente liberal, pero a la postre se carga también el componente democrático.

No son lo mismo democracia y liberalismo, pero tienen un noviazgo más o menos feliz en el siglo XX. De manera que, tendencialmente, deviene un oxímoron hablar de democracia iliberal en tanto primero esa democracia iliberal mata al liberalismo, pero termina después suicidándose.

-¿Es lo mismo una democracia populista que una democracia iliberal? Algunos autores consideran que el iliberalismo es algo exclusivo de la derecha y que, en el caso de la izquierda, cuando se presenta el iliberalismo, la forma que asume es el populismo. ¿Lo ve así o más bien el iliberalismo puede darse indiferentemente desde gobiernos de izquierda y de derecha?

-Yo estoy más cercano a la visión que han dado Pierre Rosanvallon y John Keane en este sentido. Desde la experiencia socio histórica de la república liberal de masas, la democracia es la conjugación de cuatro órdenes de la política: un régimen político, un proceso socio-histórico, un movimiento social y una cultura política

Un orden de instituciones; es decir, un régimen político, eso es lo fundamental. Es el corazón del concepto, al institucionalizarse prácticas y valores que hacen efectivos los derechos a participar, a ser representado y a deliberar en la constitución del poder estatal. La dimensión central de la democracia -cómo un régimen político- no se da tanto en el populismo porque el populismo no llega a cristalizar como régimen, ahí tengo una discrepancia con Rosanvallon. El populismo es una forma de entender y de hacer política, más que un régimen. Yo la categoría régimen la dejaría para las nociones teóricas fuertes: la democracia con sus variantes y la autocracia con sus variantes.

La democracia es, también, un proceso socio histórico de luchas que van agregando derechos y un movimiento social -más bien una serie de estos, con sujetos y agendas diversos- que va pujando por esos derechos ante las élites dominantes. El populismo se expresa también en esa forma de movimiento social, en un proceso de lucha que crea esa relación entre el líder y las masas, pero no termina de cuajar como régimen. Al ser más bien una forma política, se puede hablar de po-

pulismos de derechas y de izquierdas, que comparten rasgos iliberales. Es decir, el iliberalismo es una forma de entender el orden político y social dentro de una sociedad y el populismo puede ser la forma específica en que ese modo de entender el orden en una sociedad y una política se concreta en la política práctica, en los discursos, en las manifestaciones, en las congregaciones, en fin. El iliberalismo es una cosmovisión y el populismo es la concreción de esa cosmovisión en su primera fase transicional, desde el seno de la democracia a otra cosa. Cuando esa otra cosa termina de cuajar (que no siempre cuaja) el populismo se ha suicidado, ha matado la democracia y aparece la autocracia.

El iliberalismo tiene que ver, en lo cosmovisivo, con cómo vemos la relación de la religión y la política, el lugar de la familia en la sociedad, el lugar de una etnia, si creemos que la comunidad prima sobre el individuo, es más amplio que alguna de las ideologías modernas.

Yo creo que el populismo de derecha y de izquierda comparten ciertos presupuestos cosmovisivos, lo que varía es el sujeto y mecanismo políticos en la cual cifran su esperanza del orden nuevo. Pero comparten una pulsión estatista en la economía; de cierto modo entienden el rol del Estado a partir del gasto público, del control de ciertos sectores, de la alianza con empresarios leales. Y los dos tienen una visión profundamente negativa de las instituciones intermedias, del rol de la sociedad civil, de los intelectuales y de los medios de comunicación, eso lo puedes ver desde Viktor Orbán hasta Hugo Chávez.

-¿Qué peligros encierran las democracias iliberales, si aceptamos que puede haber democracias con componentes iliberales?

-Bueno, dos grandes peligros. Primero, el desconocimiento de la diversidad y de la complejidad social, inseparables de la Modernidad. En una dimensión sociológica, no hay un pueblo unificado y utópico, diría Rosanvallon, hay pueblos diversos, empíricamente verificables. Incluso el sujeto popular, entendido como tal a partir de los criterios socioeconómicos, de la ubicación en una estructura social, no es homogéneo en sus rasgos constitutivos y demandas políticas. Los sectores más desfavorecidos son diversos en sí mismos, bien sea por identidad, por género, por raza, por clase...y por preferencias políticas. Esa idea de un sujeto privilegiado -sea La Nación o El Pueblo- niega la diversidad constitutiva de lo social y más aún de la sociedad contemporánea que es tan fluida. El problema, además, se agudiza cuando se niega o vulnera el andamiaje institucional del pluralismo político. El populismo y el iliberalismo niegan la diversidad social, la reducen, no la suprimen como el totalitarismo, pero la reducen. Pero, al mismo tiempo, niegan el pluralismo porque, más

allá de una aspiración abstracta, el pluralismo es justamente la idea de que las entidades sociales pueden tener expresiones políticas y esas expresiones políticas tienen que tener canales institucionales -como partidos, el Parlamento, la sociedad civil- para expresarse.

Tomemos el ejemplo de Nayib Bukele, esta especie de populista millennial que a mí me recuerda la popularidad y el carisma que tenía Fidel Castro en el año 1959. Bukele está teniendo un apoyo arrasador y apela al pueblo en sentido difuso. Está enfrentando la oposición de grupos sociales muy diversos, pero organizados y con una conciencia política, como movimientos sociales, intelectuales, medios de comunicación, ciertos sectores urbanos -que no es la elite oligárquica del partido Arena (Alianza Republicana Nacionalista)- y ya esta semana vimos cómo el Parlamento, controlado por Bukele, impidió o vetó el derecho a la manifestación. Entonces, vemos cómo un líder populista, electo en las urnas y contando con una base social amplia, está desconociendo una diversidad social que se quiere expresar políticamente en el espacio público.

Creo, resumiendo, que los dos grandes peligros de ese modelo iliberal son el desconocimiento de la diversidad social, que es intrínseca a la complejidad de la sociedad contemporánea, y el menosprecio y ataque a las formas que el pluralismo político permite para canalizar esa diversidad social.

-A la luz de la amenaza iliberal ¿Cómo ve usted los casos de Nicaragua, con Daniel Ortega y El Salvador, con Nayib Bukele?

-Reconociendo, ante todo, la heterogeneidad de los puntos de partida y de las ideologías que animan estos gobiernos. En el caso Nicaragua se trata de un partido que tuvo genes revolucionarios, con un liderazgo de izquierda revolucionaria y lucha armada antiliberal, que vuelve por la vía de las urnas ante una clase política liberal muy desacreditada. Pero crecientemente empieza a hacer fraudes, para mantener esa ventaja y convertirla en hegemonía. Y lo que hemos visto en los últimos tiempos en Nicaragua es el cierre completo de cualquier resquicio democrático.

En el caso de Bukele, en El Salvador, es un líder joven muy popular que llega por la vía de las elecciones, ante el descrédito de la élite política tradicional -de derecha e izquierda- y que desarrolla formas simbólicas innovadoras en el discurso, con el uso de redes sociales, en el intento de usar el Bitcoin como moneda nacional, etc. Pero que tiene un fuerte carácter autoritario de entrada: cuando entra en el Parlamento, cuando nombra magistrados leales en la Corte Suprema, etc. Ha avanzado Bukele muy rápido en lo que a Hugo Chávez le demoró tiempo en llegar.

Las autocracias se están apoyando entre sí hoy, como diría Anne Applebaum, más allá de la ideología. China, por ejemplo, está apoyando a Bukele, aunque éste se ha opuesto a (Nicolás) Maduro. A su vez, Bukele no dice nada sobre (Daniel) Ortega y, en la última reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA), El Salvador, junto con el bloque del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América), rechazó que la OEA se pronunciara sobre la violación de derechos humanos. Hay un sustrato ideológico, si quieres no tan coherente como el conocido en el siglo XX, que es un sustrato iliberal. Hay una idea de que el poder les pertenece a ellos, que no está delegado temporalmente, de que la mayoría que supuestamente les apoya es permanente. Y cuando ya esa mayoría les deja de ser funcional, pues peor para la mayoría, porque los líderes, devenidos autócratas, deciden quedarse.

-¿Por qué las democracias liberales tienden a degradarse en sistemas autoritarios?, ¿conoce algún caso en el cual una democracia liberal se consolidó y se ha mantenido así por mucho tiempo sin derivar en el autoritarismo?

-Bueno, un caso bastante consolidado es el de Hungría. Viktor Orbán lleva varios años en el poder con un copamiento en los medios de comunicación, con la creación de una sociedad civil leal, paragubernamental, de una red de políarcas, para referirse a amigos ensamblados con el aparato del Estado y los contratos públicos. Hungría sigue siendo en parte una democracia porque todavía la oposición tiene ciertos espacios, todavía cuenta con un apoyo importante, aunque declinante y es un liderazgo que ha apelado a la idea de la nación frente a la migración extranjera.

-Se observa el avance de una tercera ola autoritaria, ¿por qué las democracias liberales hoy en día están siendo tan vulnerables? y ¿por qué están avanzando tanto las liberales?

-Esto es multifactorial. Hay una dimensión geopolítica: el avance global de dos potencias, de dos Leviatanes liberales, como China y Rusia, genera un efecto contagio y de apoyo potencial a aliados regionales que dicen "bueno, si esta gente lo puede hacer así, y además China tiene una alta tasa de crecimiento y Rusia es militarmente un global player, pues son modelos a seguir".

Segundo, está el desgaste económico de las democracias avanzadas. El crecimiento económico que experimentaron, en el periodo de postguerra, por factores demográficos, tecnológicos, sociales, económicos se ralentiza, ya Estados Unidos, Europa Occidental y Japón no son las locomotoras del mundo.

Hay también factores culturales: los cambios demográficos, el miedo a la inmigración, la aparición de minorías políticas que no se relacionan entre sí. Tienes, por ejemplo, en Estados Unidos, un nivel de polarización política entre un sector liberal de izquierda, con fuerte base intelectual y urbana, enfrentado a un sector liberal de derecha, con fuerte base popular y un discurso nativista ultraconservador. Y tienes en el medio a una gran cantidad de personas de centro, aún leales a los referentes tradicionales, demócratas y republicanos, que están como desubicados. Esto tiene que ver con factores demográficos, sociológicos, económicos, etc.

Otro elemento es la hipercritica a la democracia. Es decir, Guillermo O'Donnell hablaba de la necesidad de ejercer una crítica democrática a la democracia para mejorarla; allí es por ejemplo donde ubico la obra reciente de John Keane, o la propia obra de O'Donnell. Y tienes una crítica autoritaria de la democracia, que es la crítica de los intelectuales filo tiránicos, desde la derecha con Martin Heidegger y Carl Schmitt hasta Jean-Paul Sartre y toda la izquierda autoritaria latinoamericana del momento. Esa desafección por la democracia puede ser una desafección de sectores populares y también de luminarias ilustradas, que apoyan un caudillo autoritario.

-¿Qué rol ha jugado Cuba en la promoción de este tipo de democracias que terminan, de alguna manera, socavando la democracia en sí misma?

-Cuba no es la única base de eso, hay intelectuales y grupos sociales que emergen de distintos países de América Latina. Pero sí, encuentras en Cuba varias cosas: inspiración, apoyo logístico o formativo, organizativo y un espacio para conspirar, con la ventaja que da además la larga duración de un régimen autoritario. Cuba es, simultáneamente, una experiencia histórica, un modelo ideológico y un agente geopolítico con influencia internacional.

-¿Cómo evalúa el Sistema Interamericano justamente para frenar esta amenaza y qué reformas sugeriría?

-A ver, primeramente, el sistema nace, y sobre todo la Carta Democrática Interamericana (2001) aparece en un momento de consenso cultural y cosmovisión alrededor de la idea y experiencia democráticas. Incluso Venezuela la firma, con reticencia, pero la firma. Entonces hubo cierta coherencia de valores que se tradujo en una coherencia de prácticas; con el cordón sanitario ante el golpe de estado y régimen Alberto Fujimori, no solo fue una declaración en el papel. Eso no existe hoy: ha habido una naturalización de esta muerte lenta de las democracias y Venezuela es un caso de una reacción muy tardía.

El segundo elemento es que no hay mecanismos expeditos y eficaces de sanción, de cordón sanitario. Mira lo que ha costado imponer sanciones contra el régimen venezolano y siempre hay gente que dice que son ilegales. Incluso demócratas, a veces con buenas intenciones y razones, pensando en el lado humanitario; a veces como disfraz de una colaboración que quiere quitarle las sanciones al régimen.

También hay un problema que es sistémico: tienes actores que llegan por la vía democrática al poder y van demoliendo desde dentro la democracia; a veces tú puedes ver las señales con tiempo suficiente. Pero, aunque veas las señales, no tienes la capacidad de articular la resistencia a eso. Lo que se complica cuando el actor desdemocratizador es tan hábil, resolutivo y desleal, que la única forma de resistencia que queda es, aparente o parcialmente, antidemocrática. Pienso, por ejemplo, en la coyuntura de Evo Morales. Más allá de en lo que se convirtió el gobierno de Jeanine Áñez y lo que hizo la derecha boliviana, en el caso de Evo Morales hubo un aferramiento previo de este al poder que vulneró la Constitución vigente. Hubo un desconocimiento de la voluntad popular expresada en un referendo, después hubo un intento de ir una elección con gran cantidad de manipulaciones y problemas en la elección. Todo eso, sumado, terminó en un escenario donde la población salió a la calle y el ejército le dijo: señor, váyase. Pero hoy solo nos queda, en el imaginario, la derecha golpista.

-En su columna Distopía Criolla, ha hablado de cómo la sociedad puede protegerse. Dice que es necesario que haya una resistencia cívica, ha señalado también que se genere una cooperación transnacional entre demócratas para enfrentar la amenaza liberal. Le pediría algunas sugerencias o recomendaciones, en este sentido, para la sociedad civil, los actores políticos, los periodistas, los académicos y/o la comunidad internacional.

-En el plano geopolítico, urge una acción más inteligente y temprana de defensa de la democracia. Lo que hay que hacer es establecer criterios muy claros. Ya hay evidencia histórica empírica reciente -por la derecha con Recep Erdogan y Viktor Orbán y por la izquierda con Nicolás Maduro y Daniel Ortega- que parece aconsejar, de manera temprana y con un discurso menos ruidoso, que se tomen acciones concretas bien planificadas.

El mecanismo de las sanciones no funciona igual que antes porque no estamos en el año 1990. Creo que es importante hacer un control de daños temprano de los procesos de autocratización y tiene que ser multilateral. Estamos en un mundo en el cual China tiene un

gran peso económico y puede compensar el efecto directo de las sanciones sobre aliados autocráticos. Pero las sanciones tienen que seguir siendo una medida importante, al igual que el debate en aquellos espacios internacionales de peso. Las democracias no se pueden ir del Consejo de Derechos Humanos, no importa que haya un montón de satrapías ahí: el plano simbólico y discursivo es muy importante. Es tan importante que los disidentes de los regímenes autoritarios a veces han luchado contra toda esperanza por ideas de cómo es más digno vivir.

Además, hay que proyectar un discurso contundente de la democracia, que refleje las falacias y falencias de los autócratas. Ahora hay una especie de envalentonamiento: por ejemplo, en muchos diarios y libros empiezan a decir que las autocracias lidiaron exitosamente con el COVID-19, y las democracias fallaron. Entonces, yo digo ¿qué autocracia triunfó? Si me dicen China, partiendo de que los datos que ofrece el Estado chino son ciertos, tú tienes a Taiwán en frente que fue un éxito también, más éxito que China, y que ha sido bloqueado por China para que no tenga acceso a vacunas y a compartir en la OMS su experiencia. Es decir, tú tienes una evidencia de que la mayor cantidad de autocracias en el mundo han sido un desastre. Mira Venezuela, mira Cuba, mira Nicaragua, mira Rusia ahora mismo que está en un pico de pandemia porque no hay opinión pública que vea. El problema de la democracia quizás es cómo llegar y sostener acuerdos amplios en situaciones de pandemia, pero el problema de la autocracia es que suprime los mecanismos de alerta temprana.

Creo que hay una batalla que tiene que darse en el plano intelectual, geopolítico y de la sociedad. Los gobiernos tienen que apostar a dar soluciones; es decir, no se trata solo de defender los valores abstractos de la democracia, sino que tienen ocuparse de temas como la igualdad y la equidad social. El periodo de mayor robustez de las democracias ha sido cuando han preservado la libertad de sus ciudadanos y han reducido la desigualdad social. Hay que resolver la contradicción que generó el neoliberalismo en el interior de las democracias.

Hay que construir una mística de la democracia a través de una labor de educación y de persuasión con evidencia histórica, con evidencia contemporánea. Implicar a la comunidad intelectual, incluyendo en sentido amplio a los artistas: no puede ser que haya una especie de pasmo de los demócratas en el plano de las ideas. A mí me gusta mucho esa frase de (Albert) Camus que dice que las victorias del totalitarismo no se basan en las virtudes de los totalitarios sino en las faltas de los demócratas. La desafección de la democracia en Amé-

rica Latina no viene porque haya gente que tenga valores autoritarios sino porque no quieren a los políticos que tienen, porque no han visto buen desempeño y creen que otra cosa puede ser mejor.

-Hemos escuchado esta frase en diversas ocasiones: "Esta revolución es pacífica, pero armada", pero nunca se escucha "esta democracia es pacífica, pero está dispuesta a defenderse si es amenazada". Si hay una amenaza real a la existencia de la democracia, ¿cómo se salda esta diferencia asimétrica?

-Bueno, nos hemos vuelto muy pacifistas, quizás por el tipo de sociedad en la que hemos vivido. Qué bueno. Hay menos tolerancia a la violencia, sobre todo a la violencia extrema. Pero, por ejemplo, en la República de Weimar, los debates entre los constitucionalistas no solo eran en el papel. Hermann Heller asesoró al gobierno de Prusia cuando el Reich quiso disolver, como lo logró, el estatuto del Estado prusiano que era gobernado por socialdemócratas y Hermann Heller se implicó en la resistencia política. Esas cosas las hemos olvidado porque implican un nivel de riesgo personal. Pero en los años 40s, 50s del siglo XX, José Figueres y Rómulo Betancourt, hablaban de un cordón sanitario contra las dictaduras en América Latina y en ese caso las dictaduras eran de derecha. Recuerda que hubo intentos apoyados por las pocas democracias de América Latina por derrocar a (Rafael Leónidas) Trujillo y por derrocar a (Anastasio) Somoza, de manera, que ahí hay un acervo. De hecho, la doctrina Betancourt en los años 60s, plantea la no tolerancia a ninguna forma de autocracia, ni de derecha ni de izquierda.

Si el mundo sigue en este curso accidentado, como decía el historiador ruso Alexander Herzen, "que la historia no tiene un solo decurso porque si lo tuviera sería lógica y no historia", entonces, no hay un decurso, pero sí hay tendencias. Es probable que pronto veamos disputas geopolíticas que van a implicar guerra y violencia, como también pasó durante la Guerra del Peloponeso. Acuérdate que era el enfrentamiento entre dos alianzas, con dos modelos políticos: la polis democrática ateniense y la polis espartana militarista oligárquica, pero ahí se mezclaban disputas geopolíticas, quién apoyaba a quién, quién daba un golpe de Estado en tal ciudad, entonces la facción democrática hacía una revolución y la oligárquica la reprimía y llamaba a los espartanos. Probablemente lleguemos a un punto de eso en algún momento de la primera mitad de este siglo, lamentablemente tenemos armas nucleares y eso sería terrible.

La resolución del conflicto sobre Taiwán es un ejemplo. Taiwán es un pequeño país, exitoso, gobernado por una líderesa socialdemócrata, que está resistiendo a un in-

tento de supresión. Taiwán es hoy en día un símbolo de lo que va a ser la democracia en la defensa colectiva de sus espacios, su población y sus instituciones. Lo que pasa en Taiwán nos afecta a todos los defensores de la sociedad abierta y el régimen político democrático.

-¿Usted diría avanzar hacia una especie de Foro de Taiwán?

-Sí, yo creo que los demócratas de la derecha y de la izquierda, más allá de las ideologías, tienen que hacer un espacio de articulación. Porque fíjate cómo en el Consejo de Derechos Humanos votan juntas China, Rusia, satrapías asiáticas, regímenes nepotistas africanos, todos los gobiernos de izquierda radical de América Latina, en su común denominador iliberal. Yo no sé si esta cumbre de las democracias que ha convocado Estados Unidos quede en una foto para las gradas o tenga algún trabajo detrás serio. Pero definiendo que logremos una reflexión y una defensa global transideológica de la democracia, de quienes creamos que la gente tiene el derecho a tener derechos, a elegir y vigilar a sus gobernantes, a participar activa y autónomamente en la política y sociedad en que viven.